

da. Mas hace hoy tres días que está fuera de peligro, y sigue muy bien. En todo este tiempo, mi atención se ha dividido entre Germán y Regino, porque este pobre se consume de tristeza y profunda melancolía.

Adiós: tengo que escribir á mi padre, y el tiempo se me gasta. Tuyo como siempre.



**CARTA XII.**

**Antonio á Manuel.**

San Lázaro, 22 de Mayo de 1824.

Querido mío. En verdad que no puedo quejarme en cuanto á dolencias físicas, porque en fuerza de los buenos consejos, del Dr. Frutos que, desde el campo, me escribe á menudo, debo al cielo el inapreciable beneficio de que mi mal se haya detenido en medio de su rápido curso. Esto ya es un adelanto. Pero en recompensa, mi espíritu sufre demasiado, y á veces me encuentro vagando en tan raras cavilaciones, que suelo pasarme despabilado las noches enteras. Tales cosas me ocurren, que me dan mucho en que pensar; y no es culpa mía, si no puedo detener los vuelos de mi imaginación.

Te dije que mi pobre amigo Regino se

hallaba sumergido en profunda tristeza y en negra melancolía. Yo he hecho todo lo posible á fin de obligarle á salir de tan penosa situación; ya invitándole á leer libros menos áridos y abstractos que esos á que se dedica con tenaz aplicación; ya refiriéndole varias anécdotas de mi vida escolar; ya invitándole vivamente á salir de su encierro y dar algunos paseos por Lerma, la Eminencia, ó las casas de campo vecinas. Nada he logrado sino hacerle llorar cuando ha visto mi empeño en estas cosas. Después han ocurrido algunos incidentes que en la apariencia no han significado nada, pero que en el mozo produjeron un efecto que no puedo explicarme, y que por reflexión han venido á ejercer sobre mí un influjo que me molesta y aflige.

Luego que Germán comenzó á restablecerse de la fiebre que estuvo á punto de acabar con él, quise llevar á Regino á visitarle en la habitación del capellán, en donde aquel se hallaba alojado. Mas Regino se resistía con algunas excusas, que á mí me parecieron poco satisfactorias.

—Considere usted, le dije, que ese honradísimo anciano sabe nuestra amistad, se ha interesado con mucho calor en obsequio de usted, y sin embargo no he conseguido poner á ambos en contacto. Desengañese usted: un pobre leproso jamás

debe rehusar la amistad de persona alguna. Añadí con algún tanto de aspereza.

—¡Cómo, mi querido amigo!, exclamó Regino desatándose en un mar de lágrimas, y dejando caer de las manos el segundo tomo de "L'an deux mille quatre cent quarente," obra utópica del soñador "Mercier." ¡Ha podido usted figurarse que rehuso voluntariamente, ó por algún motivo innoble, la amistad de alguien que me haya hecho la caridad de interesarse por mí! No es nada de eso lo que usted observaba, sino amargura, aflicción de espíritu y un dolor arraigado en lo más íntimo del corazón.

—Pero ese pobre sepulturero que se ha visto á la muerte, que ha estado tan cerca de nosotros, y al cual, á porfía, han visitado y asistido los enfermos todos de la casa, sólo de usted no ha recibido la menor muestra de amistad ó aprecio. Esto no quiere decir que yo atribuya semejante conducta á insensibilidad, ó á poca gratitud. Llámole la atención, para hacerle ver que ese aislamiento en que se ha circunscrito, puede hacerle aparecer como indiferente á la suerte de una persona que tanto nos estima. ¡Pobre Germán! Desde que ha podido hablar, diamantemente me ha preguntado por usted y por el estado de su salud.

—Se lo agradezco infinito: sabe el cielo que se lo agradezco con toda la efusión

de mi alma. Pero usted tiene un modo de ver las cosas, algo diferente del mío. Yo me figuro que un leproso debe huir de la sociedad que le ha rechazado de su seno, y alejarse de todas las personas que están sanas, á fin de no causarles alguna oculta desazón. Conozco que, por una especie de instinto, apetece todo lo contrario; pero la reflexión me detiene, y estoy convencido de que si no debemos repeler el afecto y amistad de las personas que están libres de nuestra dolencia, tampoco debemos mostrar el más ligero empeño en relacionarnos con ellas. ¿No es esto obrar con prudencia, mi queridísimo Antonio? Allí tiene usted la explicación de mi conducta.

—¿Pero, Regino mío, usted puede figurarse que me afanaría en inducirle á hacer algo, que le trajese el inconveniente que parece temer? Yo hablo á usted de nuestro amo Germán, y nuestro amo Germán es una excepción de la regla común. Nuestro amo Germán es un hombre filantrópico y generoso, como pocos: no teme á ningún lazarinero, ni se horroriza á su aspecto. Además, tanto á usted como á mí nos ama entrañablemente.

—Pues bien, Antonio mío, cuando usted considere que podré verle, y se encuentre en estado de recibir mi visita, iremos allá, y le significaré toda mi gratitud. Ya conoce usted el motivo que me

detenía, que no ha sido el de causarle ningún disgusto á ese buen sepulturero, que me es tan apreciable.

Acordámoslo así, y entablamos una larga plática sobre el nuevo régimen de vida que convendría adoptar, una vez que por los altos designios del cielo estábamos condenados á arrastrar para siempre nuestra pobre y dolorosa existencia en este santo hospital de lazarineros.

—¡Para siempre! repitió Regino. Eso, eso es lo que me horroriza hasta donde usted no puede llegar á imaginar. Los plomos de Venecia, la esclavitud de los cautivos de Argel, ni los calabozos de la inquisición me parecen tan horribles, ni me inspiran tanto pavor como ese ¡para siempre! de un hospital de leprosos. Yo he sido un malvado... merezco el castigo más duro y doloroso...; pero ¡ah! apenas puedo levantar los ojos al cielo para pedirle misericordia, sin que al momento no me sienta agobiado y oprimido bajo el peso de este aterrador ¡para siempre! Pueda ser que el tiempo mitigue la vehemencia de esta impresión.

—Sí, amigo mío, confío en Dios que no nos abandonará. Yo... tal vez estoy resignado, y espero transmitirle mi resignación filosófica. Usted ha visto, porque sin duda no se le habrá ocultado lo que á su alrededor pasa, el triste episodio político que acaba de terminar en mi pobre

país. Las tropas se han dispersado, las familias vuelven á sus casas, y tendremos muy pronto con nosotros á nuestro respectable amigo el Dr. Frutos, que tiene en sus manos un tesoro de consuelos que distribuir á cuantos se hallan en algún conflicto. Sus consejos y los de nuestro inimitable capellán, serán un poderoso beneficio. Pensemos en el bien que pueda hacerse, seamos virtuosos, y seremos felices en medio de los horrores y estragos de este hospital, en que tenemos un modo de ser y vivir tan extraño y doloroso.

Regino volvió á caer en su habitual melancolía, y yo mismo no estuve libre, por algún tiempo, de algunos síntomas del mal de que ya me creía radicalmente curado. La tribulación; esa tribulación inexplicable que inspira el pensamiento de esta existencia formidable de San Lázaro.

Para dar diverso giro á mis meditaciones, hice recaer la conversación sobre nuestro amo Germán y el finado pirata que tantos males le había causado. Regino sabía los pormenores de las escenas que te referí en mis dos últimas cartas, pero yo no sé por qué causa había omitido el nombre del finado Cruyés. En esta conversación se me antojó nombrarle.

—¡Juan Cruyés!! exclamó Regino. Yo he oído ese nombre fuera de aquí.

—¡Es posible! ¿Dónde.... cuándo....

con qué motivo? Pregunté lleno de ansiedad, porque esta especie no podía serme indiferente. Había ó hay un "Juan Cruyés" que me había perdido miserablemente, y semejante nombre, aunque no se me hubiese olvidado un solo momento, en los días anteriores resonó tantas veces en mi oído, que la memoria del infame verdugo, causa de mi ruina, despertó vivísimamente todos mis recuerdos siniestros, todos mis dolores y sufrimientos, y me puso por delante mis extravíos y culpas vergonzosas. Sí, Regino, continué con vehemente acento: me interesa infinito saber quién era ese hombre, y le ruego me diga en dónde ha oído nombrarle.

Regino me miró asombrado.

—¡Por Dios, Regino! insistí yo. Ese hombre, ¿quién es? ¿En dónde está?

—En verdad, Antonio mío, que me deja usted pasmado al oírle hablar sobre este asunto con tal viveza, y yo no sé si diga con tal extravío. Además, ese hombre no puede tener conexión ninguna con usted. ¡Era un famoso pirata!

—Justamente: ese de quien voy hablando es un famoso pirata.

—Pues, amigo mío, no nos entendemos. ¿No dice usted que ese pobre que falleció aquí en días pasados es Juan Cruyés? ¿Y según lo que me ha referido usted de la entrevista del finado con nuestro amo Germán, no aparece que aquel era un pi-

rata? Entonces, ¿de qué se admiraba usted? Para mí es este un negocio muy claro. Yo he oído hablar de un pirata llamado Juan Cruyés: ese pirata ha muerto, ¿qué explicación, pues, pretende usted de mí?

Yo quedé pensativo algunos instantes, y estuve tentado de revelar á Regino una parte de mi odiosa historia; mas detúvome el pudor que me ocasiona el simple recuerdo de tales sucesos, sin embargo de que, vista la entera confianza que en mí ha hecho, encuéntrome hasta cierto punto en la obligación de correspondérsela, refiriéndole todos los antecedentes que me trajeron al hospital de San Lázaro. Sin embargo, aquella no me pareció una ocasión muy oportuna de explicarme, y continué en mi sistema de absoluta reserva. Y como me llamaba mucho la atención que el nombre de Cruyés no fuese desconocido á Regino, volví á hablarle sobre el asunto, á fin de obtener algunos pormenores, que podrían muy bien llegar á serme interesantes.

—Bien, le dije. Convengo en que ese hombre ha muerto aquí; pero ha movido mi curiosidad la especie de que usted tenga noticias tuyas. ¿No puedo saber, por ventura, en dónde oyó usted hablar de él?

—Sí tal. Nuestro amo Genaro Chiabrera me ha hablado acerca de él muy frecuentemente.

—Y ¿sabe usted si navegó alguna vez por estas costas?

—Lo sé, no solamente por lo que usted me ha referido de la conferencia habida entre él y el sepulturero, sino porque el contra-maestre italiano me habló de ese sujeto, con motivo de cierta astucia con que atrajo y capturó un bergantín del comercio de Campeche, que se dirigía á la Habana.

—Según eso, Chiabrera habrá sido socio de Cruyés.

—Me lo sospecho, aunque no lo sé de cierto. En este punto nuestro amo Genaro no ha sido conmigo muy explícito.

—Y ¿habrá de esto mucho tiempo?

—Doce ó catorce años, por lo menos.

—Minuciosas y aun extravagantes parecerán á usted mis preguntas, pero á mí me interesa sobre manera todo lo concerniente á este nombre de Cruyés. ¿Chiabrera presentaba á éste como un joven, es decir, en esa fecha, como de veinte ó veintidós años de edad?

—Me parece que no; antes bien creo que sería de más edad que Chiabrera, según las especies que yo puedo recordar.

—¿Y Chiabrera tendrá á esta fecha?

—Más de cincuenta años.

—El tal Cruyés... ¿sabe usted si se hallaría por estas costas á principios de 1821?

—Lo ignoro; pero, ¿no me ha dicho us-

ted que cuando murió llevaba de encerrado en este hospital seis años? En tal caso, es imposible que anduviese en su oficio de pirata en la fecha á que usted se refiere.

—Tiene usted razón, murmuré entre dientes, convencido de que ni por la edad, ni por ninguna otra circunstancia, el Juan Cruyés de que hablaba Regino, era el mismo de quien yo quería tener noticias. Encerréme, pues, en mi aposento á meditar profundamente sobre tan extrañas combinaciones, que no alcanzaba á penetrar. Motivos eran estos, en verdad, para confundirme y trastornarme, si desde el principio no hubiera hecho ánimo de tratar estos asuntos con sangre fría, y más que nada, con resignación filosófica. Pero ¿quién detiene los vuelos de la fantasía, cuando se echa á vagar por los espacios imaginarios, que son de una inmensidad sin límites? Esto no depende de la voluntad del hombre: es más bien efecto ó de la organización peculiar de cada individuo, ó de alguna alteración accidental de los mismos órganos. Por tanto, en el discurso de la noche no pude dormir ni un solo instante: mi cabeza ardía como la de un calenturiento.

A la mañana siguiente, muy temprano aún, vino Regino en busca mía, para que juntos fuésemos á hacer la visita convenida á nuestro amo Germán. Dirigímo-

nos, pues, á donde se hallaba. Apenas hubimos encarado con él, y aun antes de saludarle, detúvose Regino, lanzó un grito de indefinible sorpresa, volvió las espaldas, y corrió presuroso á encerrarse en su habitación, sin que mi voz y ademanes fuesen parte á detenerle. Yo me quedé extático, sin poder explicarme tan singular suceso. Miraba yo alternativamente el semblante del sepulturero y la galería por donde desapareció Regino, sin saber el partido que adpotaría en aquel momento. Mi asombro era extraordinario. Nuestro amo Germán, entre tanto, habíase quedado pensativo, como queriendo refrescar algún antiguo recuerdo, que hacía esfuerzos por escaparse de aquella cabeza debilitada por los años y por la enfermedad reciente de que había salido pocos días antes. Al cabo, volvióse á mí súbitamente, y exclamó:

—¡El es! Voy á verle: él debe saber de su paradero.

—Mas, ¿puedo yo saber de qué se trata? preguntéle entonces. ¿Qué significa esto que ocurre?

—No lo sé á derechas; pero esa voz... ese acento... me ha herido de lleno. Esa voz... la conozco mucho. No hay remedio... yo debo ver y hablar á ese mozo.

—Y bien...

—¡Oh! Si ese mozo fuese el que yo

pienso.... ¡cuidado, Antonio mío! Si ese mozo fuese el que yo pienso... sepa usted que mantiene relaciones de amistad con un sujeto indigno, que no la merece.

—Y... en fin.... ¿qué hay? ¿Están ustedes empeñados en volverme loco?

—Lo que hay es, que si ese mozo fuese el que me imagino.... estaría usted alternando familiar é íntimamente con un pirata. ¡Ya usted sabe lo que es un pirata!

—¡Ah! Esto no me admiraría.

—¿Habla usted de veras?

—Mucho. Si el pobre Regino, en alguna vez, hubiese tenido la desgracia de ser un pirata, como usted lo dice, harto lo estaría pagando con hallarse encerrado en el hospital de San Lázaro.

—Yo no digo que en esto no pueda haber alguna equivocación. Sin embargo.... esa voz.... sí, yo la he escuchado en cierta ocasión solemne para mí.

—¡Es tan fácil equivocarse un acento con otro!

—Cierto. Mas.... ¿por qué se ha sorprendido al verme? ¿por qué se ha alejado de mi presencia, huyendo despavorido? No: no hay remedio: aquí debe de haber algún misterio, si esto no es lo que yo pienso.

—Enhorabuena, nuestro amo: si usted abriga algunas sospechas contra ese pobre mancebo, acuérdesese usted que es ami-

go mío, que es mi hermano de desgracia, y que su suerte está identificada con la mía. ¡Por Dios, mi buen amigo! Una indiscreción podría perder á este infeliz.

—No me haga usted el agravio de atribuirme una intención siniestra que no tengo. Únicamente quiero verle... quiero tratar con él acerca de un asunto que conviene.

—En tal caso, voy á prevenirle..... ¡Prudencia, nuestro amo! No vayamos á reagrar los padecimientos de mi desventurado amigo, que harto padece con solo el mal que le abrúma.

El sepulturero me tendió su mano, y apretó una de las mías con la mayor cordialidad.

Hallé á Regino entregado á la desesperación.

—¡Antonio mío, mi único y generoso amigo! exclamó al verme. ¡Sálveme usted, porque estoy perdido miserablemente!

—Vamos: tenga usted calma. Usted se ha sobrecogido sin fundamento alguno.

—¡Aquí hay testigos de mis crímenes! Ese hombre me delatará... y subiré á un cadalso... en medio de la grito del populacho... ¡Yo estoy perdido!

—¿No digo á usted que tenga calma? ¿A qué viene esa intempestiva agitación que podría comprometerle?

—¡Ese hombre va á delatarme, Dios

mío! La justicia se echará sobre mí... y aunque yo estoy condenado á muerte en este hospital... no por eso la vindicta pública quedará satisfecha. ¡Querrá darme en espectáculo para escarmiento de otros malhechores como yo!

—Pero en resumen, ¿qué es esto? Nada comprendo de cuanto pasa.

—¡Antonio mío, este hombre va á delatarme... va á delatarme sin remedio, y tal vez á esta hora se habrá encaminado á la ciudad con el fin de perderme!

—Mal conoce usted al hombre generoso á quien hace usted tan grave inculpa- ción. He dicho á usted que debe serenarse. No hay aquí peligro alguno que temer. Nuestro amo Germán me ha empe- ñado su palabra de guardar silencio, y basta.

—Para que mi horrenda existencia se encontrase nuevamente combatida y ame- nazada... ¡Ah! ¡esto no más me faltaba, Antonio! Este hospital me es ya de todo punto insoportable.

—He dicho y repetido á usted que se tranquilice. Esa desesperación no con- viene en manera alguna: ¿á qué llevar las cosas á ese extremo? Nuestro amo Ger- mán vendrá aquí, y puede usted fiarse en él, tan seguro de su discreción como pu- diera usted estarlo de la mía. Este en- cuentro no ha hecho sino proporcionarme

un nuevo y sincero amigo. ¿Me compren- de usted?

—No... por Dios.... que no venga. No puedo ver á ese hombre. Me hará pre- guntas á las cuales yo no podré satisfa- cer. Además, ¿qué sé yo del paradero del infame Frasquito?

—¡Frasquito dice usted!

—Sin duda. Si usted tiene presente los detalles de mi cartera, recordará segura- mente la escena que pasó cuando el ca- pitán Frasquito, yo y doce hombres de la tripulación de la "Invisible" nos embar- camos en una lancha para dar el aborla- je á aquel pailebot que navegaba entre la costa occidental de Cozumel y la tie- rra firme de esta península: pues bien, aquel marinero misterioso... aquel viejo de mirada fascinadora que ejercía sobre Frasquito tan extraña y singular influen- cia, que en fuerza de ella mandó éste que rindiésemos las armas á discreción... ese hombre era.... nuestro amo Germán.

—¡¡Nuestro amo Germán!!

—Sí... el mismo. Imposible que hu- biese dejado de conocerle al momento. Grabóse su imagen tan profundamente en mi fantasía, que jamás he dejado de verle, despierto y entre sueños. Aquella mirada aterradora.... aquellos ojos bri- llantes, no podrían olvidárseme mientras viviese.

Comenzaba yo á ver más claro en este

asunto. Sin embargo, las especies aparecían tan complicadas, que me era difícil descubrir todos los pormenores, y quedé profundamente pensativo... ..

Los sollozos de Regino me hicieron volver en mí. Luego que logré tranquilizarle, volví á la habitación del capellán en busca del sepulturero.

¡Mas el sepulturero se había marchado á la ciudad!

El sacerdote me informó que hallándose Germán arreglando un pequeño lío de papeles que le había depositado Juan Cruyés, hallóse con uno de ellos que llamó mucho su atención, y, sin más tiempo que el necesario para despedirse, había salido del hospital con dirección á la ciudad, sin que fuese posible detenerle por ninguna reflexión sobre lo intempestivo de la hora, pues serían como las doce del día, ni sobre el estado de su salud, que apenas comenzaba á mejorarse.

Yo conocía á Germán perfectamente, y sabía que era incapaz de ninguna acción villana. Además, la explicación del capellán me dejaba satisfecho, sin ningún género de duda, que sólo un motivo de urgente y particular interés, podría haberle obligado á partir de improviso sin despedirse de mí, y sin decirme algo acerca de la proyectada visita y conversación con Regino. Mas, ¿cómo transmitir á és-

te mis convicciones? ¿Cómo persuadirle, después de su sobresalto y alarma, que el secreto de su vida pasada no corría peligro alguno con la ausencia intempestiva del sepulturero?

Hallábame, por tanto, en las mayores congojas y aflicciones. Destaqué de luego á luego á un sirviente de la casa, á fin de que buscase á Germán, y le obligase á venir, por súplica mía. Fueron en vano las diligencias. No recibimos más noticia, sino que se le había visto cruzar la plazuela de San Román, y dirigirse á la ciudad por la zapata de San Carlos, en el momento en que este baluarte hacía una salva de artillería saludando al General Santa Anna, que desembarcaba en el muelle con el título de comandante general de las armas de Yucatán. Esto ocurría el 17 por la tarde. Somos ya 22 y no ha vuelto á parecer el sepulturero por estos sitios, ni me ha sido posible averiguar el paraje en que se halla.

Tú puedes figurarte lo que habré pasado con Regino en estos días. Su desesperación ha sido horrible, y sus angustias dolorosísimas.

Adiós: no puedo abandonar por mucho tiempo á mi amigo, y yo estoy sumamente cansado y abatido.

Tuyo como siempre.